

Eucaristía

DOMINGO 7 DEL TIEMPO ORDINARIO

Ciclo B

22 de febrero de 2009 • Año 43 • nº 10

HEMOS SIDO PERDONADOS

A muchas personas les cuesta sentirse perdonados, y perdonarse a sí mismas **(Situación)**.

Dios es capaz de realizar en nosotros algo nuevo: curarnos y perdonarnos **(Palabra de Dios)**.

Dejémonos llevar por otros a Jesús. Llevemos a otros a Jesús. Unos y otros glorifiquemos a Dios por su amor y su perdón **(Homilía)**.

Puede perdonar

En mi tarea pastoral he conocido personas a quienes les costaba mucho sentirse perdonadas. También a algunas a las que les resultaba muy difícil el perdonar a otros. Y muy pocas, gracias a Dios, cerradas absolutamente al perdón: «ni perdono, ni quiero perdonar».

Querría hoy hablar, aunque sé que no es fácil hacerlo, de aquellas personas a las que les cuesta sentirse perdonadas. Lo primero que hay que decir, creo yo, es que conviene salir de esa situación y que es posible hacerlo. Un interlocutor con quien tengamos confianza puede ayudarnos. Veamos de qué se trata. Algunas cosas son «poca cosa». Tal vez el pecado no era «tan gordo». Háblalo con alguien. Tampoco el confesor debiera ponerse demasiado exigente en la «confesión» de la falta. No era el estilo de Jesús, y no debe serlo el del ministro del sacramento, que lo que tiene que hacer es ser vehículo y no obstáculo de la misericordia de Jesús con los pecadores. Si según la doctrina conciliar «cuando alguien perdona es Cristo quien perdona», el confesor debiera perdonar no sólo en nombre de Cristo, sino también con el «estilo» de Cristo, que se dejaba conmovir, a la hora del perdón, por el amor, el arrepentimiento, las lágrimas y besos y la humildad de los pecadores. Sin que tuviesen que hablar mucho. Me encanta el cuadro de El Greco, conocido como «las lágrimas de Pedro».

Puede, tal vez, que la persona que se ha sentido ofendida por nosotros no nos quiera perdonar a pesar de nuestros intentos de reconciliación. Debemos dar un primer paso y

humillarnos y pedir perdón a esa persona. Dar esos pasos cuesta. Pero ahí también alguien nos puede ayudar a caminar en esa dirección. Y si, dados esos pasos, el otro no nos perdona, nosotros sí nos debemos perdonar a nosotros mismos. Hicimos lo que buenamente pudimos.

Pero hay todavía otro nivel, tal vez el más difícil de sanar, pero que tiene cura: el de no querer perdonarnos a nosotros mismos. En la magnífica película «La Misión», un personaje que trafica con esclavos mata a su hermano a espada. Busca en un jesuita el perdón de su pecado. Pero es incapaz de perdonarse a sí mismo y carga con su culpa, que en la película está muy bien «dibujada» en la espada asesina y en las armaduras del personaje, atadas a su espalda y con las que camina buena parte de la película. Hasta que al encontrarse con los indios a los que él vendía, ve cómo éstos le sonríen y acogen. Al sentirse perdonado por ellos, rompe la cuerda que le ata a su pasado: le han perdonado sus víctimas y, sobre todo, se perdona a sí mismo. Ahora es libre de la atadura de la que él no quería liberarse.

¿Es posible ser perdonado? Sí. «El Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados.» Ha perdonado a un paralítico que ni siquiera puede pedir perdón. Otros lo han llevado a Jesús. Tal vez tú, amigo lector, puedes hacer algo parecido. Si te encuentras con alguien esclavizado por su pecado (todos lo estamos en alguna medida), por su sentimiento de culpabilidad, por su dificultad para perdonarse a sí mismo, coge su camilla y llévale a Jesús. «Él puede.» Y también puede perdonarte a ti, y a mí.

Lucio Arauzo

evd

Dirección y redacción:

Avda. Pablo Gargallo, 69 dupdo. 1º B
50003 Zaragoza
e-mail: hojaeucaristia@terra.es

Administración y suscripciones:

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra) España
Tfno.: 948 556 510
Fax: 948 554 506
e-mail: publicaciones@verbodivino.es
Internet: <http://www.verbodivino.es>

Equipo de *Eucaristía*: Luis Betés,
José Alegre, Lucio Arauzo, José Ignacio
Blanco, Javier Calvo, Félix Felipe, Pedro
Fraile, Álvaro Franch, Santiago Aparicio

«Jesús trabaja el “corazón” del enfermo para que confíe en Dios, liberándose de esos sentimientos oscuros de culpabilidad y de abandono por parte de Dios, que crea la enfermedad. Jesús lo cura poniendo en su vida el perdón, la paz y la bendición de Dios. Al enfermo se le abre así la posibilidad de vivir con un corazón nuevo y reconciliado con Dios.»

José Antonio Pagola, «Jesús»



Lectura del libro del profeta ISAÍAS 43,18-19.21-22.24b-25

Así dice el Señor:

–No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?

Abriremos un camino por el desierto, ríos en el yermo, para apagar la sed del pueblo que yo formé, para que proclamara mi alabanza.

Pero tú no me invocabas, Jacob, ni te esforzabas por mí, Israel; me avasallabas con tus pecados y me cansabas con tus culpas.

Yo, yo era quien por mi cuenta borraba tus crímenes y no me acordaba de tus pecados.

Palabra de Dios

NOTAS: Este texto se aparta ligeramente de la línea teológica del Segundo Isaías, al que pertenece este grupito de perícopas. Lo más frecuente en este profeta anónimo de la época del exilio es consolar a su pueblo y reservar el castigo para los demás. Pero en este texto aparece también la amenaza del castigo contra su propio pueblo.

Las quejas de Dios ante el culto pueden indicar que el pueblo se había quejado a Dios por el desastre que le había sobrevenido con la experiencia del destierro. Pero, al mismo tiempo que Dios recrimina (juzga), recuerda que Él es quien no tenía en cuenta los pecados de Israel.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los CORINTIOS 1,18-22

Hermanos:

¡Dios me es testigo!

La palabra que os dirigimos no fue primero «sí» y luego «no».

Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el que Silvano, Timoteo y yo os hemos anunciado, no fue primero «sí» y luego «no»; en él todo se ha convertido en un «sí»; en él todas las promesas han recibido un «sí». Y por él podemos responder: «Amén» a Dios, para gloria suya.

Dios es quien nos confirma en Cristo a nosotros junto con vosotros.

Él nos ha ungido, él nos ha sellado, y ha puesto en nuestros corazones, como prenda suya, el Espíritu.

Palabra de Dios

NOTAS: La liturgia recoge hoy el comienzo de la 2ª Carta a los Corintios, documento clave del ministerio apostólico.

Ministerio apostólico que tiene como fundamento la actitud de Cristo Jesús: su autenticidad (como reconocimiento de ser él mismo y no vivir del rol o de la imagen que uno quiere dar ante Dios o ante los demás) y, como consecuencia, la obediencia de Jesús al Padre. En Él todo fue un «sí».

Esta actitud de autenticidad brota para el apóstol de haber sido introducido en la vida trinitaria: el Padre confirma al apóstol y a los fieles en Cristo y, como garantía, el Espíritu Santo.

Lectura del santo evangelio según san MARCOS 2,1-12

Cuando a los pocos días volvió Jesús a Cafarnaún, se supo que estaba en casa.

Acudieron tantos que no quedaba sitio ni a la puerta. Él les proponía la palabra.

Llegaron cuatro llevando un paralítico y, como no podían meterlo, por el gentío, levantaron unas tejas encima de donde estaba Jesús, abrieron un boquete y descolgaron la camilla con el paralítico.

Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico:

–Hijo, tus pecados quedan perdonados.

Unos escribas, que estaban allí sentados, pensaban para sus adentros:

–¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, fuera de Dios?

Jesús se dio cuenta de lo que pensaban y les dijo:

–¿Por qué pensáis eso? ¿Qué es más fácil: decirle al paralítico «tus pecados quedan perdonados», o decirle «levántate, coge la camilla y echa a andar»?

Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados...

Entonces le dijo al paralítico:

–Contigo hablo: Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa.

Se levantó inmediatamente, cogió la camilla y salió a la vista de todos. Se quedaron atónitos y daban gloria a Dios, diciendo:

–Nunca hemos visto una cosa igual.

Palabra del Señor

NOTAS: Venimos contemplando, desde hace dos o tres domingos, el inicio de la actividad mesiánica de Jesús. Ésta se va revelando como «autoridad» de amor, como amor que libera de las ataduras de la enfermedad y de los demonios.

Hoy tenemos la oportunidad de contemplar el amor en forma de perdón de los pecados. La mentalidad judía, como la que continúa en ciertos ambientes católicos (signo de que hacen de la relación con Dios un sistema de seguridad refugiado en un sistema religioso-moral), era que la enfermedad procedía del pecado. Dios castigaba los pecados con una enfermedad u otra desgracia. Jesús manifiesta su autoridad «recibida» (recordemos la perícopa de hace tres domingos) del Padre perdonando pecados. Y la prueba de que tiene autoridad para hacerlo es que el paralítico queda sanado.

Jesús está «revelando» cómo es Dios: misericordia que perdona, lo cual obliga, en principio, a aceptar nuestra culpa y pecado, tanto personal como social. Pero, ¿por qué nos cuesta tanto aceptar que Dios sea así y que haya decidido salvar al hombre por pura gracia?

Tenemos la manía, todavía judaica (como si Jesucristo no se hubiese encarnado, hubiese muerto y resucitado) de medir el amor de Dios con medida humana, la generosidad del perdón con la voluntad de cumplir su Ley. Nos da miedo que su Amor sea tan incondicional y no dependa de nuestras obras. Se prestaría al abuso y a la irresponsabilidad.

Sin embargo, Dios se atreve a creer en la gratuidad confiando en que la única fuerza capaz de vencer y superar la cerrazón del hombre es que reine el Amor que no calcula, que no mide, fiel e incondicional.

Es fácil que te cueste entrar en la lógica de la gratuidad. El secreto es tu pecado. Y ahí donde tú experimentas el poder de la muerte más fuerte que tu buena voluntad, la angustia de deber y no ser, ahí es donde sale Dios a salvar. No necesitas justificarte. Quiere que le entregues tu pecado y te sientas aceptado y amado.

José Ignacio Blanco

Acudían a Él de todas partes

En estos últimos domingos hemos visto a Jesús enseñando en las sinagogas y asombrando con su enseñanza, curando enfermos de diversos males y expulsando demonios, levantándose de madrugada para orar en un descampado, y, el pasado domingo, limpiando a un leproso. Como resultado de esta actividad, Marcos terminaba su relato con esta expresión: «acudían a él de todas partes». Fue la última frase que oímos hace una semana.

Curación y perdón de los pecados

Hoy hemos proclamado el relato de la curación de un paralítico. Con un añadido especial: la curación está precedida de un perdón de los pecados que Jesús realiza al ver la fe de los cuatro que llevan al paralítico: «Viendo Jesús la fe que tenían, le dijo al paralítico: Hijo, tus pecados quedan perdonados».

Reacciones diferentes

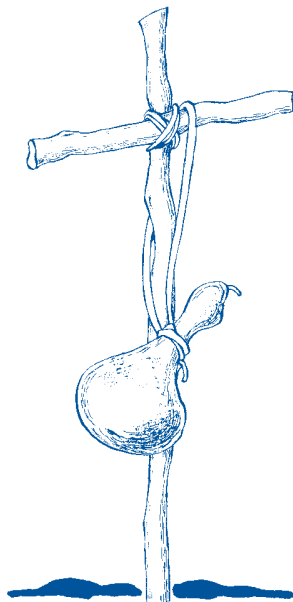
Este hecho provoca en los presentes reacciones diferentes. Unos escribas piensan en su interior que Jesús blasfema. Se inicia el conflicto de Jesús y algunos de los dirigentes religiosos de su pueblo. Otros, nos dice el final del relato, se quedan asombrados y dan gloria a Dios. Nunca han visto nada igual, Jesús es diferente.

También nosotros somos invitados a descubrir a Jesús como alguien diferente, único, capaz de perdonar nuestros pecados y sanar nuestra parálisis.

En Jesús llega a plenitud la compasión de Dios

Todos nosotros, toda la Iglesia, somos llamados a hacer actual y presente la enseñanza de Marcos. En Jesús ha llegado a plenitud la compasión de Dios hacia el hombre enfermo y pecador. Ésa debe ser la actitud de los seguidores de Jesús, en una doble dirección: sanando a los demás y dejándonos conducir por otros a la fuente de la salud y del perdón. Está muy próxima la Cuaresma. Esos días se organizarán en las comunidades cristianas actos y celebraciones penitenciales. Seremos invitados a acudir confiadamente a la misericordia y al perdón divinos: «Misericordia; Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa» (salmo 50). Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. En algún momento de la Cuaresma se oye decir al profeta Isaías: «Venid, aunque sean vuestros pecados

como la grana, como nieve blanquearán» (Isaías 1,18). A veces nos cuesta dejarnos perdonar, porque en el fondo no nos perdonamos a nosotros mismos. Nos es necesario nacer de nuevo, dejarnos perdonar por el inmenso amor de Dios. A Dios no hay pecado que se le resista si tenemos un corazón contrito y humillado. Lo hemos escuchado hoy de labios de Jesús: «El Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados». Y la curación de un paralítico es el signo eficaz del perdón de los pecados. Incluso cuando el paralítico no pronuncia ni una sola palabra invocando el perdón.



El Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados

Generosos en el perdón

Con la misma generosidad con que Dios perdona en Jesús debe la Iglesia otorgar el perdón, a cuyo servicio está en nombre de Dios. También en la Iglesia hemos sido «más papistas que el Papa» a la hora de otorgar el perdón, y lo seguimos siendo en muchos casos. Demasiadas trabas se han puesto y se siguen poniendo en la administración del perdón divino. Un arrepentimiento sincero mostrado de mil maneras mueve la compasión de Jesús al perdón del pecador. «Un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias», canta el Salmo 50, el Miserere, el Salmo penitencial por excelencia. ¿Por qué exigir más? Tampoco menos. Unas «Celebraciones Comunitarias del Perdón», que deben ser preferidas a una celebración individual y casi privada (Constitución conciliar sobre la

Liturgia, 27), bien preparadas y realizadas en la comunidad celebrante, pueden ayudar a vivir esa actitud del sincero arrepentimiento, que nos abre al perdón de Dios.

Acusado de blasfemo hasta el final

Todavía una última enseñanza del texto: algunos de los presente en la escena piensan que Jesús blasfema. Será una acusación que mantendrán hasta que consigan acabar con Él (Mc 14,64). Pero hay otros que al ver lo sucedido «daban gloria a Dios». Una actitud muy positiva y que debemos hacer nuestra: «¡gracias, Señor, por tu amor y tu perdón!».

Lucio Arauzo

- ¿Hemos ayudado a alguien a acercarse a Jesús?
- ¿Nos dejamos conducir por otros a ese encuentro sanador?
- ¿Acepto y agradezco que Dios me perdone?



Celebración

MONICIONES

Ambientación inicial. En días anteriores hemos contemplado la figura de Jesús, orando, curando, ofreciendo su palabra en las sinagogas de su tierra. Muchos se acercan a Él buscando curación. Hoy un paralítico es llevado por sus amigos ante Jesús, al que vemos dando un paso más: cura y perdona. Con esta confianza en Jesús, que puede perdonarnos y salvarnos, iniciamos nuestra celebración.

Acto penitencial. *Con el deseo de que Dios realice en nosotros algo nuevo, le presentamos confiadamente nuestros pecados y dolencias:*

- Abre caminos nuevos en el desierto de nuestro corazón, ¡Señor, ten piedad!
- Nos presentamos ante ti con la parálisis de nuestro cuerpo y nuestro espíritu, ¡Cristo, ten piedad!
- Deseamos acoger y perdonar a nuestros hermanos, ¡Señor, ten piedad!

Agradecemos, Señor, tu perdón, y te glorificamos por tu amor misericordioso y sanador. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Ambientación de la Palabra. Dios desea renovar su creación cada día, realiza siempre algo nuevo: caminos, ríos, curaciones y el signo supremo del perdón de los pecados. Una nueva vida se instala en el mundo y en la vida del hombre. Dios puede perdonar los pecados. Cristo lo realiza. Nosotros glorificamos a Dios por sus obras, acogiendo con cariño su palabra.

Despedida. Las palabras de perdón de Jesús al paralítico, son dichas también para nosotros. Y la palabra de Jesús es una palabra eficaz, hace lo que dice. No le pongamos impedimentos. Dejémoslos curar, y comencemos una vida nueva, renovada, liberados de toda esclavitud que nos paraliza.

ORACIONES

COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, concede a tu pueblo que la meditación asidua de tu doctrina le enseñe a cumplir, de palabra y de obra, lo que a ti te complace. Por nuestro Señor Jesucristo.

SALMO RESPONSORIAL 40,2-3.4-5.13-14

Sánname, Señor, porque he pecado contra ti.

Dichoso el que cuida del pobre y desvalido; en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor. El Señor lo guarda y lo conserva en vida, para que sea dichoso en la tierra, y no lo entrega a la saña de sus enemigos.

El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor, calmará los dolores de su enfermedad. Yo dije: «Señor, ten misericordia, sánname, porque he pecado contra ti».

A mí, en cambio, me conservas la salud, me mantienes siempre en tu presencia. Bendito el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre. Amén. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Animados por el Espíritu que Dios ha puesto en nuestros corazones, le presentamos nuestros deseos, orando:

- **Por la Iglesia, para que conmovida por las necesidades de los hombres, ofrezca con generosidad el perdón de Dios. Oremos. Sánname, Señor, y perdona mi pecado.**

- **Por todos nosotros, para que acojamos confiadamente la curación y el perdón que vienen de Dios, y seamos testigos de su amor. Oremos. Sánname, Señor, y perdona mi pecado.**

- **El miércoles comenzamos el tiempo de Cuaresma. Para que vivamos este tiempo de gracia con deseos de caminar con Jesús hacia la Pascua. Oremos. Sánname, Señor, y perdona mi pecado.**

- **El jueves día 26, las religiosas de las Escuelas Pías celebran la fiesta de su fundadora, santa Paula Montal. Su tarea de la educación cristiana de la niñez y juventud es una bendición de Dios en muchos países y en muchos de nuestros pueblos y ciudades. Por ella, por las Escolapias, para que sientan en su tarea el sople del Espíritu y el agradecimiento de sus alumnos y familias. Oremos. Sánname, Señor, y perdona mi pecado.**

Tú, Señor, que cuidas del pobre y desvalido, guarda y conserva a tus hijos en el amor a ti y al prójimo. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SOBRE LAS OFRENDAS

Al celebrar tus misterios con culto reverente, te rogamos, Señor, que los dones ofrecidos para glorificarte nos obtengan de ti la salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Dios todopoderoso, alcanzar un día la salvación eterna, cuyas primicias nos has entregado en estos sacramentos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Nos presentamos ante ti, Señor, débiles y necesitados de curación en el cuerpo y en el alma. Mira la fe de nuestros padres, la fe de los hijos de tu Iglesia que nos condujeron hasta ti. Mira la solidaridad de tantos hombres y mujeres con el prójimo necesitado. Y pronuncia sobre todos nosotros, y sobre la humanidad herida, tu palabra que cura y perdona. Sí. Amén.